

# EL JUEGO

*mención*

Juan Enrique Atonal / Facultad de Filosofía y Letras



Aguardo el fin de la inactividad que me mantuvo inerte en mi caja. Soy un caballo y estoy en el tablero. Sé que el combate vendrá en cualquier momento. Renazco y mi renacer entraña siempre la ilusión de otro triunfo. He dejado la oscuridad de la caja, ahí donde todo es gris y donde todos somos iguales, donde todos estamos en confusión y en donde no importa si soy blanco o negro, donde no importa si soy peón o soy reina, donde soy madera, donde no tengo nada que lograr, donde estoy muerto.

Ahora he dejado de ser igual a los otros. En el tablero soy un caballo y estoy vivo; es el lugar que me corresponde. Mis compañeros despiertan. Los que hasta ahora fueron mis hermanos se preparan a luchar. Ésta es nuestra forma de vivir. Cuando estemos acomodados emprenderemos el camino que nos llevará a la selva de cuadros. Nos espera el triunfo o la derrota, pero nos espera la vida. Veré a mis hermanos convertirse en enemigos —yo seré negro y ellos blancos— y aún a mis compañeros negros (ya no digo hermanos) estar catalogados de peones a rey, tener un grado, un valor, una categoría. Y sobre mí y sobre mis compañeros y sobre todos nosotros, una fuerza más allá de nuestros límites, una fuerza irreconocible que nos hace triunfar unas veces y perder otras. Todo está listo, ahora emprendo el ataque.

Los autos se desprenden vertiginosos. Se ha dado el banderazo de salida. Rumor en las tribunas, rugido terrible de motores en la pista —rugido que se oye como amenaza lanzada por los competidores.

Los carros devoran pista, energía y nervios. Por unos momentos, uno va en primero, otro en último, uno en cuarto, otro en décimo lugar. El público grita. La lucha ha empezado.

“Tengo que ganar” es el pensamiento que, si se pudiera oír, silenciaría el ruido de los motores. Todos sabemos que muchas de las máquinas se quedarán en el camino, que serán muchas las dificultades para terminar. “Tengo que quitarme el ataque de este peón”, trata de defenderse el caballo, cuando la lucha comienza. Aceleran a fondo, quieren batir el récord, pasar al de adelante. El público grita cuando un coche rebota contra las pacas de paja al tratar de rebasar. “Vaya, dejo al peón y ataco pasivamente, con ayuda del alfil, desde mi posición.” “Cuando pase a esta gente, aprieto el paso. Este tipo que viene al lado de la calle no me va a pasar...”, y el transeúnte está ya a punto de correr. “Tengo que esquivar a esa señora para llegar primero al cruce de la calle.” La pelea se ponía cada vez más caliente. La multitud rugió. El gancho izquierdo casi tiró al rival y todos aullaron, encontraron un motivo para dar un alarido; aullaban gustosos y excitados, al fin se entraba en el mundo de las emociones. La pelea sólo había estado en su etapa de tanteo y ya empezaba a desesperar, pero de acuerdo con los

cánones, en el tercer "round" viene lo bueno y entonces las cosas se pusieron al rojo vivo. El round fue un suspiro y sólo aguardábamos con impaciencia el otro asalto. "¿Quién vendrá primero en la próxima vuelta?" —¡Palmo a palmo se han venido disputando el primer lugar y ninguno tiene aún una ventaja definitiva! —Parece que el cronista participa en la lucha. —¡Gancho al hígado de izquierda, que contesta con un upper y un recto en plena cara! ¡Están de poder a poder!

—Jaque al rey. —"Yo estoy para defender la posición y esperar el momento de atacar." "Estamos luchando bien, aunque sin la ayuda de algunos compañeros que ya no están con nosotros". —¡Goll— gritaron 73,685 espectadores... Ahora sí cayó, tocado, por un tremendo upper a la mandíbula, pero esto no es más que el principio de la pelea... Este gol no hará más que encender la cosa y los rayados se lanzarán a fondo buscando el empate... Camino yo solo por la calle sin ningún peligro, he dejado atrás a mi competidor más cercano... Logré contestar mejor que ninguno la pregunta que hizo el maestro... —¡Jaque!

—Vamos a mi casa. Ahí estaremos mejor. —Hubo una pausa muy larga antes de que ella contestara... Era el momento antes de que se tirara a gol, o los diez segundos de conteo antes de ganar... —Sí, vamos. —Su contestación fue la rendija por donde uno se cuele a un mundo... El tanto cayó, pero aún tiene que pasar mucho tiempo para decir que se ha ganado... Aún quedan muchas vueltas del circuito y los rounds que faltan se harán cada vez más pesados... "Nuestra posición es ahora más favorable", pensó el caballo. "Pero todavía falta mucho para ganar. El juego es sin límite y puede durar todo el tiempo que sea necesario."

—Algún día vendrá en que el hombre pueda vivir en paz. —Y al oír estas palabras deseamos que un vapor cálido salga de la tierra, nos envuelva, que transforme todo en la frescura y el verdor de un bosque y nos transporte a un paraíso de amor que sea para todos, donde no haya envidias ni tensiones ni humanos que tengan más que otros, ni deseo de lucha.

—¡Ole! —gritaron al compás de un pase. El muletazo fue el momento orgiástico donde se pierde el pudor individualista y uno es toro, torero, plaza, arena... Fue un instante de locura ver a nuestro equipo interceptar un pase y llegar otra vez cerca de las diagonales. "¡Qué larga es esa línea gris y los puntos que voy dejando y el ruido del motor y correr, correr y pasar. Para esto hice mi vida. Creo que todos gozan y yo soy el que los hace gozar. Apretar una palanca, pasar, arriesgar, dejar de ver el mundo y correr." El torero está embriagado. Se entrega a la comunicación que tienen él y el toro. Sólo aguardamos casi angustiosamente el momento final de la estocada. "¿Por qué he de golpear a mi hermano?" Pero esa ráfaga de pensamiento piadoso fue apagada por un golpe seco que le quitó todo sentimiento que no fuera golpearlo para ganar. La arena, las luces, los gritos, todo murió en aras de ese objetivo. Acabar con él. —¡Mátalo, mátalo!

"La tengo en la cama, como la quería. Casi se entrega. Tengo que hacerlo lo mejor posible."

"Este golpe es casi el triunfo." El caballo se lanza a destruir a la reina, ante el gusto de sus compañeros y el asombro de sus contrarios. Una mano lo mueve y lo mueve bien. Al final del segundo acto, los actores sabían que estaban a un paso del éxito, que sólo les faltaba ese último tirón que pone al actor en el lugar del triunfo. El torero sabía que sólo tenía que estar bien con el estoque. El boxeador, que esos últimos golpes debían acabar con su enemigo. El corredor, que ya faltaba poco para la meta. El alumno, que con la siguiente pregunta acabaría con el maestro y los compañeros. Los jugadores de fútbol, que sólo hacía falta defenderse bien. La gran empresa, que con el número de acciones que tenía en el mercado había acabado con la competencia. El gran país, que faltaba poco para apoderarse del otro país. Y negros contra blancos, y blancos contra negros. Y ahora ella era mía.

Contentos, un tanto melancólicos, íbamos rumbo a su casa. Estábamos tranquilos. La lucha fue cruenta. Ella lloró.

—Algún día vendrá en que el hombre pueda vivir en paz —decía un cardenal por televisión. —Pero ahora, la guerra que ustedes hacen, es la guerra de Dios.

—¡Mátalo, mátalo!

El último jaque fue perfecto y todo terminó. Ahora todo es gris y estoy con mis hermanos; sólo espero el momento en que vuelva a ser. Ganaré o perderé, no importa. Soy.

